

El Neolítico: una fascinación compartida *Neolithic: a shared fascination*

Manuel Bendala Galán¹

Resumen

Reflexión sobre la importancia de la aparición de las primeras culturas agrícolas en el Neolítico y la perduración de sus concepciones y actitudes en las sociedades estatales y urbanas en la Antigüedad mediterránea.

Palabras clave: Neolítico, categorías sociales, Etnoarqueología.

Abstract

Reflection on the importance of the appearance of the first agricultural cultures in the Neolithic and the persistence of their conceptions and attitudes in the urban societies in Mediterranean Antiquity.

Keywords: Neolithic, Social categories, Ethnoarchaeology.

Así es: una fascinación compartida, aunque para cada uno con consecuencias o aproximaciones distintas. Es la primera idea que me viene a la mente a la hora de escribir unas páginas en homenaje a Isabel Rubio de Miguel, compañera de muchos años en las tareas docentes e investigadoras en nuestro Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM. En 1977, el año en que llegué al Departamento como Profesor Agregado de Arqueología, Epigrafía y Numismática, Isabel se incorporó igualmente al mismo como Profesora Ayudante, tarea en la que se caracterizó por su interés y dedicación al estudio del Neolítico, en lo que pronto se revelaría como una destacada especialista. En mi caso, aunque la plaza recién ganada en concurso-oposición se titulaba como queda dicho, pero con el complemento de que la Arqueología añadía, también, su entendimiento como “Arqueología Pre y Protohistórica”, mis intereses y ocupaciones en el ancho campo de la Arqueología no llegaba tan atrás en el tiempo como los que representaban las edades de la piedra (dicho sea con la terminología un poco absurda que se había impuesto como habitual en el lenguaje científico sobre las primeras etapas culturales de la humanidad).

Es bien cierto que siempre me interesaron las etapas anteriores a las que se consideraban propias de la “Arqueología”, entendida convencionalmente como área de conocimiento que se ocupaba de la cultura (material) de los tiempos históricos, diferenciada del área propia de la Prehistoria, ocupada en la cultura (material) de los tiempos

prehistóricos. La denominada “Protohistoria” quedaba como un espacio o tiempo histórico de transición entre ambas etapas, con fronteras temporales poco definidas, del que se ocupaban –y que se disputaban en la docencia y la investigación– los profesores universitarios de Prehistoria y de Arqueología. Explicar todo este galimatías, y que lo entendieran los responsables políticos de hacer las leyes y reglamentos que ordenaban (o desordenaban) la vida universitaria, nos llevaría a escribir un tratado de extensión quijotesca, y aquí ni tiene cabida ni viene al caso.

Porque de lo que se trata ahora es de aludir a mi interés especial por los tiempos protohistóricos, porque en ellos debía encontrar las raíces y claves para el entendimiento de los históricos, fundamentalmente los correspondientes a la época romana, que eran los de mi atención investigadora principal. De donde mi preocupación por la protohistoria hispana y mediterránea, relativos a las culturas tartésica, fenicio-púnica, ibérica, etc. Una mirada atrás que, además, no se paraba del todo en los tiempos protohistóricos, y en esa mirada siempre atendía, atraído por la especial fascinación a la que aludía en el comienzo de este escrito, al Neolítico. Y en esto, las conversaciones con Isabel Rubio acerca de ese período y el acercamiento a sus investigaciones me resultaban especialmente atractivas.

De su competencia en esos territorios de la Prehistoria dan cuenta sus numerosas publicaciones, aunque destacaré alguna especialmente significativa. La primera, buena prueba de su temprana y muy determinada ubicación cien-

¹ Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid. bendala.manuel@gmail.com

tífica en el Departamento, fue la aportación de su capítulo sobre el Neolítico a la *Historia General de España y América*, concretamente a su volumen primero (Rubio de Miguel, 1985: 211-254). Para el ambicioso proyecto de esta *Historia General*, promovida por Ediciones Rialp, el primer volumen fue encomendado a la coordinación de D. Gratiano Nieto Gallo, director entonces del Departamento, quien se ocupó de varios amplios apartados sobre las edades del metal y encomendó a miembros del Departamento los demás temas a tratar en este volumen I-1, dedicado a “Los orígenes de España”. Y fuimos varios de nosotros, además de Isabel, los invitados a participar en esta obra de notable empeño editorial, científico y divulgativo: M^a del Rosario Lucas Pellicer, de tan grato recuerdo, se ocupó de las culturas paleolíticas, M^a Concepción Blasco Bosqued del Epipaleolítico, el arte levantino y la primera Edad del Hierro; y yo mismo de Tartessos, capítulo que cerraba el discurso diacrónico de este primer volumen. Añadiré que el segundo, el I-2, encomendado inicialmente también a D. Gratiano, pasó por su fallecimiento a ser coordinado por mí mismo; se editó en 1987 y constituyó un notable empeño de dirección y coordinación científicas en el que de nuevo colaboraron varios profesores de nuestro Departamento: M^a Ángeles Alonso Sánchez, imborrable entre nuestros mejores recuerdos, M^a Concepción Blasco Bosqued, Carmen Fernández Ochoa, José Pérez Ballester, Diego Ruiz Mata y yo mismo; así como profesores e investigadores de otros lugares e instituciones, como Lorenzo Abad Casal, Miguel Beltrán Llorís, José M^a Blázquez Martínez y Arminda Lozano Velilla.

Esta participación en la *Historia General de España y América* era, por su envergadura, todo un certificado de madurez universitaria y de reconocimiento como especialistas para sus intervinientes, que en el caso de Isabel se corroboraría, entre otras cosas, por su participación, algunos años después, en otra importante obra colectiva, esta vez de carácter historiográfico: el volumen monográfico del *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, dedicado en Homenaje a Don Emeterio Cuadrado Díaz y titulado *Veinte años de Arqueología en España*. Isabel Rubio se ocupó del análisis historiográfico, y de los progresos en los años de referencia, del Epipaleolítico y el Neolítico (1991: 27-39).

Quiere decirse, en fin, que de Isabel podía recibir comentarios sobre el Neolítico tan jugosos como yo esperaba conocer acerca de un período que, aunque ajeno a mis ocupaciones, como decía, siempre contemplé con especial interés. Quizá el origen principal del mismo fueron las lecciones que sobre esa etapa recibí de D. Juan de Mata Carriazo y Arroquia, mi primer profesor de temas arqueológicos en el primer curso de la licenciatura de Filosofía y Letras, en la Universidad de Sevilla. El Neolítico era uno de sus temas predilectos, de los que hablaba con más pasión, no tanto por las novedades tecnológicas que supuso, en la talla y el pulimento de la piedra para los útiles, o en la naciente cerámica y su sugestiva decoración, sino por lo que tenía de surgimiento de una nueva forma de vivir su medio ambiental y geográfico las comunidades de entonces, con la pro-

gresiva intervención en el desarrollo natural de las cosas y la aparición, nada menos, que de la agricultura y la ganadería... Y seguro que también me influyó, en mis últimos años sevillanos, la incorporación a la Universidad de Sevilla, como Catedrático, de D. Manuel Pellicer Catalán, uno de los más destacados especialistas en el Neolítico español, y europeo y mediterráneo en general. Con él excavé en el importante yacimiento protohistórico del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) y lo acompañé en la campaña de excavación realizada en la cueva del Parralejo (San José del Valle, Cádiz), con ocupación neolítica, precisamente en el verano de 1977, tras realizar el concurso-oposición en el que obtuve la plaza de la UAM. Era un hecho, también, que en el tiempo de mis primeros estudios sobre temas de Prehistoria y Arqueología españolas tenía entre mis libros de cabecera, como todos los interesados en las cuestiones relativas a ellas en los años finales de los sesenta y los primeros setenta, el famoso libro colectivo *Las Raíces de España*, editado por José Manuel Gómez-Tabanera en su personal Instituto Español de Antropología Aplicada; y el capítulo dedicado a “Las civilizaciones neolíticas hispanas” (1967: 27-46) había sido redactado por M. Pellicer. Basta el título para captar la alta consideración y el elevado nivel cultural que el autor otorgaba a las culturas hispanas de entonces, el mismo que transmitía en sus charlas y comentarios en las clases o las excavaciones.

Pero primaba en mí una subyugación por lo que el Neolítico significaba por el hecho trascendental de ser la época en que empezó a forjarse una humanidad nueva, determinada por su activo papel en la forja de su propio ecosistema, en la antropización del paisaje que tuviera por propio cada grupo humano en su nueva y revolucionaria posición en su medio. La retrata con aguda destreza D. Manuel Gómez Moreno en su desahogo literario de *La novela de España*, de Ediciones Júcar, dada a la imprenta en Madrid en 1974, una obra que, por el prestigio de su autor, suscitó un gran interés en quienes, como yo mismo, estábamos dibujando por entonces el horizonte de nuestras aficiones y ocupaciones históricas. Dedicaba Gómez Moreno el capítulo XI de su libro a “El primer cortijo”, y escribía:

“Nos atrae la pintoresca masa de unos tajos dorados, con socavones bermejos y manchas negras, donde arraiga el sombrío ramaje de una higuera loca enorme, y debajo se oculta un covarrón de aplanada bóveda. Surgen de cara al sol, frente a una llanura ondulada, con golpes de árboles, y allá lejos recorta en blanco su elegante silueta una sierra. El suelo ante los tajos se cubre de vegetación, alimentada por chorreras de agua, que aquéllos dejan filtrarse y convergen luego en una charca. Tiemblan en derredor suyo las hojas de unos álamos blancos; a su sombra varios patos nanean sacudiéndose el irisado plumaje, y otros nadan en la charca; delante de la cueva, un cerco de varetas entretajadas y palitroques encierra como una docena de cabras con sus chivos, entretenidos en morder cortezas. Por último, es lo principal una cabaña redonda, hecha de cañas formando una especie de cúpula, embadurnada toda con arcilla pajiza, y pintados encima unos zigzags rojos y negros, con cierta regularidad caprichosa” (1974: 57).

La colorista estampa del gran polígrafo granadino me hace recordar mis andanzas por el Barranco de la Vallorta, en el Maestrazgo castellonense, con las excepcionales pinturas de sus abrigos, en un paisaje parecido al descrito en el pasaje que acabo de reproducir. Y recuerdo que allí acudimos, con un amplio equipo de Televisión Española, como lugar adecuado para una de las muchas filmaciones sobre nuestra Prehistoria y nuestras culturas antiguas realizadas para una importante serie dirigida por mí que llamé *Relatos Arqueológicos*, serie que se emitió, por la Segunda Cadena, en el verano de 1987. Recuerdo bien que, aparte del valor ilustrativo y ambiental del singular paraje geográfico, era un objetivo principal filmar las extraordinarias escenas de caza pintadas en el barranco, correspondientes imprecisamente a las fases de transición a las culturas neolíticas, calificadas como mesolíticas o meso-neolíticas por los especialistas. Sus escenas son protagonizadas por gentes que se aprestaban a ser, con la caza y el control de las especies animales y vegetales de la zona, plenos dominadores de la naturaleza como premio y resultado de la inteligencia que tenía su insólita certificación en la expresividad y la carga simbólica de las pinturas rupestres que allí dejaron memoria de sus hazañas cinegéticas.

En la imagen literaria de Gómez Moreno, una joven pareja, a la que dio los nombres de Icéstár y Belesia, daban forma a un modestísimo “primer cortijo”, que apenas añadía al cobijo natural de la cueva una cerca para el ganado y una sencilla y tosca cabaña, aunque primorosamente enlucida y decorada con líneas de color ¡nada menos! Así debió de iniciarse el extraordinario camino que condujo al hombre a transformarse de “criatura” de la naturaleza en “creador” de su ecosistema, un paisaje a su medida en el que el elemento más artificial, más “creación antrópica”, iba a ser la construcción de un hábitat propio, en el que protegerse más adecuadamente de las inclemencias del tiempo y de los competidores naturales de un paisaje convertido en ámbito propio y progresivamente antropizado.

En la imagen de nuestro autor había un protagonismo desigualmente repartido entre la mujer y el hombre: éste, más apegado a las faenas tradicionales de cazar y fabricar las herramientas de piedra y hueso que requerían de su mayor fuerza física; la mujer, atenta al cuidado del “cortijo”, de los animales domesticados y cercanos, de preparar todo para asegurar el sustento... sería quien, seguramente, atenta observadora del espacio vital del que se servían, cayó en la cuenta de los beneficios que les reportaría no sólo domesticar y criar animales, sino intervenir en el desarrollo de las plantas cercanas; domesticarlas como se hacía con los animales, plantarlas y cuidarlas una vez familiarizadas con sus ciclos y procesos naturales. Escribe Gómez Moreno con laconismo y expresiva economía de palabras: “*Árboles y plantas en variada serie, cuantos rodean la cabaña y sus anejos, fueron otra creación de Belesia, que allá en su primera juventud había sorprendido el secreto de la germinación, cuando vagaba esquivando la sociedad de su tribu*” (1974: 59-60).

La recreación literaria de Gómez Moreno me parece una hermosa evocación del comienzo de la agricultura,

una de las actividades más trascendentes para el desarrollo de la humanidad nueva que protagonizará las grandes culturas, las formas de vida civilizadas. Interesado en mis propias investigaciones por la aparición de las sociedades estatales y urbanas, veía en este surgimiento de la agricultura una base determinante de la aparición de la “cultura” con mayúsculas y, gracias a ella, de la conversión del hombre en una especie verdaderamente nueva o superior, tal como la concebía Aristóteles como propia del que llamaba el *zoón politikón*, el que da lugar a la forma más evolucionada de cultura propia de la vida estatal o urbana.

He tratado desde hace bastantes años de entender y explicar lo que suponía el desarrollo de las sociedades estatales y urbanas, que tuvieron una de sus expresiones más importantes en la Antigüedad mediterránea y fueron las más trascendentes para nosotros en la medida que están en la base de nuestra civilización actual. En algunos trabajos recientes, en el que trato de profundizar en el sentido de la ciudad y el Estado en el mundo antiguo, particularmente en Roma y su ámbito, su tiempo, con atención preferente a la relación entre campo y urbe, muestro mi convicción acerca de la importancia de remitirnos al Neolítico para el entendimiento de la aparición de la vida urbana, de sus expresiones culturales y de la sociedad que la protagoniza. Porque, en efecto —escribía en uno de esos trabajos—, “todo arranca del proceso, consolidado en la Prehistoria reciente, por el que el hombre pasó de ser “criatura” de la naturaleza, a “creador” de su propio ecosistema, forjador de su paisaje propio. El proceso tuvo un punto de inflexión básico en la etapa de la Prehistoria que denominamos Neolítico, en el que aparecen las primeras sociedades con economía agrícola o agropecuaria, que implicaba una profunda intervención en el medio natural, acentuada desde entonces con el resultado de una creciente antropización del mismo. La aparición de las grandes civilizaciones antiguas, en particular de los Estado-Ciudades mediterráneos, vino a significar la culminación de ese proceso, determinante de una poderosa antropización del paisaje, con su centro, su más alta expresión, en los núcleos urbanos, en la “urbe”, una realidad plenamente artificial y construida, plenamente antrópica (Bendala Galán, 2015: 120).

Y sobre la huella permanente de las experiencias agrarias iniciales en la caracterización de las culturas superiores, de nivel urbano, escribía en otro lugar: “En el rico legado de significaciones que atesoran la lengua latina y sus hijas romances, se hace ver que la transformación antrópica del medio se debió inicial y fundamentalmente a una pulsión dirigida a su transformación para los usos agrícolas: ‘cultivar’ y ‘culturar’ responden al mismo significado, el de aplicar estrategias para remodelar con artificio la tierra para adaptarla a las exigencias de una producción controlada y eficaz de alimentos. En el vocablo ‘cultura’ anida, pues, la idea de que cultura es, en su sentido radical, la forma en que se interviene, se remodela y se antropiza el medio en que se vive” (Bendala Galán, 2017: 490).

Sin duda que las experiencias atesoradas en la naciente vida agraria, los conocimientos adquiridos sobre la naturaleza y sus ciclos en el mundo mediterráneo, la importancia

de los ciclos estacionales y la conciencia de la dependencia del calor y la vida alternante según esos ciclos estacionales por el decurso del sol..., todo ello imprimió en algunas sociedades mediterráneas, desde los tiempos neolíticos, un sello determinante para la percepción que de sí mismos tenían sus individuos, especialmente los mejores, los *aristoi*, que asumían el papel de dirigentes y transponían lo que hacían entre los suyos y en el seno de sus asentamientos y lugares de residencia – la manifestación material más contundente de su nueva condición demiúrgica– al horizonte ideal de creencias y mitos que los aproximaba, por elevación, desde su condición humana, terrenal y finita, a la infinita y eterna que percibían en las leyes del universo, del sol que renacía cada día y vivía regularmente su ciclo estacional anual, y de la tierra que lo acompañaba en sus ciclos regeneracionales.

Me resulta extraordinariamente subyugante penetrar, como gustaba decir a Ortega y Gasset, en la mentalidad y las experiencias vividas por las primeras comunidades neolíticas en sus percepciones de las leyes de la naturaleza que los envolvía y que, ajenos a ellas antes, al conocerlas e intervenir en los procesos naturales para provecho propio, podían sentirse enlazados a esos procesos naturales hasta concebirse como parte integrante o integrada en la grandeza y la eternidad de la naturaleza que estaban empezando a conocer y a controlar como fruto de su nueva capacidad cultural.

Vuelvo a remitir a un texto en el que reflexionaba sobre todo ello a la hora de explicar la sublimación de las sociedades antiguas por el traslado de las experiencias culturales, de la naciente agricultura, al ámbito de las ideas y las creencias, plasmadas en formas reguladas de religión que han sido elementos activadores y referenciales de importancia en las concepciones sociales y de las formas de poder que cohesionaron a las sociedades que, cada vez más complejas en un desarrollo creciente a partir del Neolítico, condujeron a las complejas sociedades estatales y urbanas de la Antigüedad mediterránea. Baste evocar los nombres de Grecia, de Cartago, de Roma, del rico elenco de civilizaciones mediterráneas que, en la cima de su desarrollo, siempre mantuvieron la memoria de las pulsiones e ideas matrices que consideramos asociadas a esa etapa fundamental –y fundacional– del comienzo de las experiencias agrícolas y ganaderas que llamamos Neolítico. Y permítaseme cerrar este escrito con el texto que anunciaba, parte de mi ensayo titulado “Mediterráneo”, que trata de la aparición, condicionantes y rasgos de las grandes civilizaciones mediterráneas de la Antigüedad, incluido en el libro *Historia de Europa*, dirigido por Miguel Artola. Dice así:

“Con todo, las culturas mediterráneas, en la regulación y las ocupaciones de su vida cotidiana, sea en las tierras de labor agrícola, en el pastoreo o en la vida en la mar, estuvieron, como se ha visto, marcadas por la estacionalidad propia del clima mediterráneo. El ritmo de las estaciones y sus consecuencias en la naturaleza, conformó los hábitos de vida, condicionó la actividad económica y, además, dada la capacidad humana para proyectar sus percepciones y sus vivencias al cosmos ideal de sus propias creaciones intelectuales, estimuló una parte sustancial de

sus doctrinas filosóficas y de sus creencias religiosas. Por la importancia de éstas, a su vez, en la configuración última de las culturas, potenció su impronta hasta impregnar aspectos sustantivos de la vida cotidiana, las tradiciones, los escenarios para la explicitación o la escenificación de las creencias y todo lo que, en último término, se proyecta en el paisaje cultural mediterráneo, el que resulta del natural transformado por la antropización, con modificaciones a menudo muy significativas, para ponerlo al servicio de sociedades con crecientes necesidades y exigencias”.

“Sin entrar ahora en desmenuzar lo que esta última dimensión representa en el ámbito específico de las culturas mediterráneas, puede resultar oportuno comentar sucintamente cómo los ciclos de la naturaleza y la percepción de la sucesión regular de fertilidad, letargo y recuperación de la vegetación en sus repeticiones anuales, suscitaron la idea de la sucesión de vida, muerte y resurrección que alimentó las creencias en la existencia de una posible recuperación tras la muerte y en dioses que determinaban en su esfera superior esa realidad, velaban por ella y tenían a la mano la posibilidad de trasladar el mismo ritmo vital a la existencia humana. La tierra se hacía metáfora de la maternidad nutricia, fuente de vida y de perpetua regeneración, proyectada a la esfera de lo divino en teofanías de diosas-madre que reinaron larguísimo tiempo en las creencias de sociedades mediterráneas profundamente marcadas por la condición agropecuaria de su base económica y vital”.

“Sólo pensar en el hecho natural, intervenido por el hombre por el artificio de la cultura agrícola, de la semilla que con su ‘muerte’ y su hundimiento en la tierra da lugar a un ser renovado que brota vivo del primero, se comprende la recurrente creencia en una posibilidad de regeneración y de vuelta a la vida alimentada por una divinidad de la tierra, sea en su dimensión femenina como metáfora de seno materno y de hembra nutricia, encarnada en numerosas diosas de la vida y de la muerte (*Magna Mater*, diosa de la vegetación y de agricultura, con una poderosa dimensión ancestral como señora de los animales, la que los griegos llamaron *Potnia Therón*), sea en dioses asociados a la vegetación, como Dionisos, prototipo de una vigorosa concreción de lo divino vinculada a la exuberancia de la naturaleza como expresión de vida y a una de las plantas más representativas de la cultura agrícola mediterránea: la vid. El ciclo vital de la planta, aparentemente inerte y deshojada, como un tronco seco y muerto durante el invierno, del que brotan desde la primavera exuberantes los pámpanos, las hermosas y brillantes hojas y los jugosos racimos de uva, proporcionaba una metáfora incomparable de regeneración vital, de casi mágica resurrección tras el letargo o la ‘muerte’ invernal. Y, de otro lado, el jugo propio de la vid, de gran valor nutriente y alto contenido alcohólico por fermentación de sus azúcares, tiene efectos euforizantes y embriagadores que lo convirtieron en vehículo y símbolo por antonomasia de traslado a un horizonte extrasensorial, ajeno a lo mundano y puramente humano, mediante el éxtasis, la salida de la propia naturaleza para adentrarse en otra. Desde la Antigüedad, las culturas mediterráneas han estado marcadas por el traslado al plano simbólico de los

valores nutrientes, euforizantes y extáticos del vino, con una gran proyección a lo divino de dimensiones escatológicas o salvíficas y profundo sentido místico”.

“En las más viejas civilizaciones mediterráneas, como la minóica, brillantemente desarrollada con centro en la isla de Creta durante la Edad del Bronce y muy influyente después, se advierte el peso de la comentada religiosidad presidida por la creencia y la veneración de diosas-madre asociadas a la tierra, la vegetación y los animales, señoras de la vida y de la muerte, cuyo desarrollo posterior en religiones muy seguidas por sus valores salvíficos, que atribuía a los creyentes la posesión de una condición cercana a la naturaleza divinizada de la tierra, la vegetación y las divinidades mismas, alcanzó su cenit en la madurez de los tiempos antiguos en religiones iniciáticas y místicas, con una de sus manifestaciones más importantes y célebres en el culto a Demeter y la ritualidad de los misterios de Eléusis. Se recordará la relevancia de esta profunda creencia que giraba en torno a la peripecia mítica de una diosa de la vegetación y la vida, Perséfone o Proserpina, que anualmente descendía al mundo infraterreno por medio año, raptada por Plutón, dios de los infiernos, del que se liberaba el otro medio para volver a la tierra, devolviendo la vida a la vegetación en los meses de primavera y verano, un ciclo de vida, muerte y resurrección al que esperaban integrarse los iniciados en el culto”.

“El complemento metafórico de esta concepción asociada a los ciclos de la tierra lo proporcionaba el sol, que en los países mediterráneos –por su latitud y la inclinación del eje de rotación de la tierra- experimenta una clara variación estacional, perceptible visualmente en el cambio aparente de su curso en el cielo y la oscilación de su aparición en el horizonte desde los puntos extremos de los solsticios de invierno y verano. La diferente duración de los días, y de la intensidad de luz y calor, determinan un proceso entendible como de vitalización y amortecimiento del astro parejo al de la tierra y, en último término, como muy pronto se captó, causa y motor del diferente comportamiento de la tierra misma, de sus propios ritmos estacionales. El sol, como fuente de vida y de energía, fecundador de la tierra, a la que proyectaba su propio proceso de calor y vida o frialdad y muerte a lo largo del año, se convirtió en astro rey, metáfora de un poderoso dios que determinaba el curso de los tiempos y los latidos vitales de la tierra. En las culturas del Mediterráneo, los grandes dioses solares, desde las primeras grandes civilizaciones del extremo oriental de su cuenca –Shamash en Babilonia o Ra y Atón en Egipto-, a las civilizaciones clásicas, con el predominio del gran Apolo, han presidido las teofanías religiosas tiñendo de manera indeleble las creencias y la ritualidad mediterráneas”.

“Quizá la expresión más profunda de esa proyección divina del sol y de su percepción y sus valores para el hombre, por su trascendencia en las formas de ser y de conducirse, se dio también en las religiones místicas, asociadas íntimamente a las creencias ancestrales nacidas al calor de las experiencias de la vida y la economía prehistóricas y, sobre todo, de las primeras culturas agropecuarias. El sol quedaba asociado a dioses varones que representaban la

fuerza fecundadora de la tierra y la vegetación misma, parecidos de la diosa-tierra y sujetos del proceso de vida, muerte y resurrección. Es lo que representaron, ya en época romana, en religiones de origen oriental y profundo arraigo en su tipo de creencias, dioses como Attis junto a la diosa Cibele o Magna Mater, de origen frigio; Osiris junto a la diosa Isis, de origen egipcio; o el peculiar dios Mitra, de origen persa. Este último –*Sol Invictus* o *Deus Invictus*-, convertido en Roma en paladín de la lucha de la luz y el bien frente a la oscuridad y el mal, muy venerado por los soldados, ejemplifica bien la concepción de un dios solar que tenía su nacimiento en el solsticio de invierno –se celebraba el 25 de diciembre la fiesta del *Natalis Invicti*- cuando se detenía el proceso de decrecimiento de las horas de luz y sol y se iniciaba su recuperación frente a la noche- hasta llegar a la plenitud de su vida a partir del equinoccio de la primavera. Era el momento en que en otras religiones solares se escenificaba la muerte y la resurrección del dios, coincidiendo con la ebullición de la vida de la naturaleza, sea en el culto a Attis, sea en el muy cercano de Adonis, asociado a la diosa nutricia Salambó, cuya vida y muerte se hacía metáfora visible en los ‘jardines’ de Adonis, macetas de plantas que florecían y morían rápidamente como expresión de la vida y la muerte del dios-sol” (Bendala Galán, 2007: 105-108).

Y quede así expresado mi sencillo homenaje a Isabel Rubio y al tiempo histórico que le ha ocupado principalmente en su etapa de ejercicio profesoral universitario y la ocupará también, podemos estar seguros, en la recién iniciada ahora de liberación académica y júbilo más personal.

BIBLIOGRAFÍA

- Bendala Galán, M. (2007): “Mediterráneo”. En M. Artola (dir.): *Historia de Europa*. Espasa Calpe. Madrid: 97-178.
- Bendala Galán, M. (2015): “*Ars et natura* en el paisaje político de la Roma de Augusto: *urbs in rure, rus in urbe*”. En J. López Vilar (ed.): *Actes 2on Congrès Internacional d'Arqueologia i Món Antic. August i les Províncies Occidentals. 2000 Aniversari de la mort d'August, Tarragona, 26-29 novembre de 2014*. Tarragona: 119-128.
- Bendala Galán, M. (2017): “El laurel de un relieve de *Augusta Emerita*: naturaleza real y figurada en el paisaje político de la Roma de Augusto”. *Gerión, La Hispania de Augusto*, 35: 487-497. DOI: <http://dx.doi.org/10.5209/GERI.56158>
- Gómez Moreno, M. (1974): *La novela de España*. Júcar. Madrid.
- Pellicer, M. (1967): “Las civilizaciones neolíticas hispanas”. En J.M. Gómez Tabanera (ed.): *Las Raíces de España*. Instituto Español de Antropología Aplicada. Madrid: 27-46.
- Rubio de Miguel, I. (1985): “El Neolítico”. En G. Nieto Gallo (coord.): *Historia General de España y América*, 1.1. Madrid: 211-254.
- Rubio de Miguel, I. (1991): “Epipaleolítico y Neolítico”. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31: 27-39.

